

DOS ESCRITOS DESCONOCIDOS DE JORGE ISAACS

A continuación se dan a conocer dos textos que, a pesar de ser las primeras composiciones en prosa publicadas por el autor de *María*, siguen en el olvido.

El primer escrito es un discurso pronunciado por Isaacs cuando tenía apenas doce años y era alumno en el Colegio del Espíritu Santo, el famoso plantel educacional aludido en la primera frase de *María*. Era costumbre en el colegio del doctor Lorenzo María Lleras que, antes de verificarse los certámenes de fin de año, un alumno dijera unas palabras acerca de la materia en que iban a examinarse él y sus compañeros de curso. Así es que en la noche del 26 de noviembre de 1849, a Jorge Isaacs le tocó el honor de disertar sobre gramática castellana¹. Este discurso juvenil, que viene a ser un cálido elogio de la lengua española, tiene interés por dos motivos distintos: por la luz que arroja sobre el pensamiento del futuro autor de *María*, y por ser un documento que ilustra el estado de atraso en que languidecía la lingüística colombiana a mediados del siglo pasado.

En el párrafo inicial, Isaacs expresa actitudes muy concretas hacia dos asuntos relacionados sólo tangencialmente con su tema: hace un férvido elogio del catolicismo, y despliega un terminante sentimiento antiespañol. Ambas actitudes habían de reflejarse más tarde en su obra literaria. Como es sabido, el joven Isaacs era católico y pertenecía al partido conservador (fue representante conservador del Valle ante el congreso nacional de 1866 a 1869, y en 1867 dirigió el perió-

¹ Algo anómalo resulta que este privilegio correspondiera a Isaacs, puesto que él nunca se distinguió en los estudios, como era el caso de sus hermanos Alcides y Lisímaco. Todo ello consta puntualmente en *La Crónica Mensual del Colegio del Espíritu Santo*, núms. 2-24 (4 de julio de 1847 a 15 de diciembre de 1849). La charla de Isaacs se publicó en el núm. 24 de esta *Crónica*, págs. 5-7.

dico del partido, *La República*). Sin embargo, hacia 1870 Isaacs cambió de ideas políticas y religiosas, convirtiéndose primero en liberal, y luego en francmasón y en anticlerical furibundo². Estas mudanzas ideológicas se registran en su principal obra literaria: en las dos primeras ediciones de *María* (1867 y 1869), figura al final del capítulo XLIV, en nota, una calurosa apología de la religión católica: “el Catolicismo ha sido el perseguidor tenaz y realmente desinteresado que la esclavitud ha tenido desde Pío II (1462) hasta hoy”. Pues bien, a partir de la tercera edición colombiana (1878), Isaacs tachó esta alabanza. La otra posición polémica asumida por el niño Jorge Isaacs en su discurso de 1849 — el odio a la conquista española de América — había de perdurar sin mutación a través de casi toda su producción poética, desde 1864 hasta 1893³.

El discurso de Isaacs en loor del castellano tiene indudable interés como documento revelador de los muchos errores acogidos por algunos lingüistas a mediados del siglo XIX. Así, hoy día asombra ver que se haya considerado la lengua española descendiente “por línea recta de la griega [...]”, o que se atribuyan las características peculiares de la pronunciación americana a un “injerto feliz del acento de los dialectos indígenas y de la articulación europea [...]”. Poco menos escandalosa es la declaración de que en la época de Alfonso el Sabio (a quien llama *Alonso*) “se dio el golpe de gracia al decrépito latín [...]”. A muchos lingüistas modernos parecerán mal las afirmaciones de que “El uso no basta para aprender a hablar [...]”, y de que la base del conocimiento de un idioma debe ser el aprendizaje de reglas⁴.

² Sobre este aspecto de la vida de Isaacs, véase el cap. I, sección IV de mi libro titulado *Jorge Isaacs*, destinado a aparecer en Nueva York en 1971.

³ Véanse sus *Poesías*, ed. Armando Romero Lozano, Cali, 1967, págs. 136, 141, 146, 221, 237, 276-283. En cambio, en *Los inmortales*, compuesto el 20 de julio de 1894, hacia el final de su vida, Isaacs se muestra conciliatorio hacia España (*Poesías*, pág. 285).

⁴ El error garrafal de que los godos introdujeron el castellano en España (comienzo del párrafo cinco) sin duda debe achacarse a cierta infelicidad de expresión en el concepto.

El tema central de la charla de Isaacs — que la expresión propia y culta en un idioma se adquiere mediante el expediente de aprender de memoria las reglas gramaticales — está de acuerdo con teorías que habían de imperar casi inexpugnables hasta hace pocos años. Además, dadas las circunstancias — el examen del curso de gramática castellana ya estaba encima —, resulta enteramente natural que el joven estudiante hiciera el elogio de la gramática, tal como la enseñaba la Academia Española. Isaacs se alarma ante los conatos de algunos americanistas exaltados, quienes pretendían independizar el idioma nacional del de la madre patria, que por razones políticas ya no consideraban como madre. Por otra parte, no deja de ser llamativo que el niño de doce años previera acertadamente que el idioma español llegaría a “hacerse universal”, que lograría una importancia cultural y comercial “al nivel de las lenguas inglesa, francesa y alemana”.

Sea que Jorge Isaacs pusiera en práctica las reglas que aprendió en su curso de gramática castellana, sea que ya tenía naturalmente el don de la elocuencia, su discurso constituye un lucido ejemplo de retórica para un adolescente. Su cálido elogio de la lengua castellana en nada desdora la mejor tradición de un país conocido en el mundo hispano por su arte de bien decir:

Robusta y grande en la tribuna; llena de nobleza y majestad en la cátedra sagrada, como la voz del mismo Dios; precisa y vibrante, como el rayo en el campo de batalla; suave y meliflua en la conversación familiar; dulce y tierna en los coloquios amorosos; reposada y grave en los negocios; no hay sentimiento que no mueva, ni pasión que no traduzca, ni rincón del alma donde no penetre.

El segundo texto que se reproduce seguidamente es una reseña de *Manuela*, la novela costumbrista de Eugenio Díaz Castro⁵. Se trata de un comentario escrito en respuesta a la

⁵ Este artículo permanece en el olvido más absoluto. Un conocedor tan profundo de la literatura colombiana como IGNACIO RODRÍGUEZ GUERRERO afirmó recientemente que “jamás hemos tropezado con un solo escrito suyo [de Isaacs] de crítica literaria [...]” (*Ediciones de la novela 'María' de Jorge Isaacs (1867-1967)*, Pasto, 1967, pág. 20).

petición de Nicolás Pontón, editor de la revista *El Iris*, quien había solicitado que los amigos del finado Díaz le enviaran “algún recuerdo con qué honrar la memoria del señor Díaz”⁶.

Isaacs comienza su reseña con una fórmula de modestia, aclarando que no tiene pretensiones de crítico literario. En sus observaciones, se preocupa ante todo por poner de manifiesto el realismo de todos los aspectos de *Manuela*: los personajes, las situaciones, los lugares descritos. Defiende lo verídico de la novela alegando que todo parece ser desgajado de la vida misma — o sea, se hace eco de la justificación suprema que los costumbristas daban de su arte. Pero se nota que Isaacs no está del todo conforme con el postulado algo ingenuo del costumbrismo, según el cual el valor artístico de una obra literaria es proporcional al grado de verosimilitud de lo que presenta. Con gran diplomacia Isaacs sugiere que *Manuela* no es una obra de subidos quilates estéticos: con sumo tacto dice que Díaz Castro no aspiraba a interesar a un público allende las fronteras nacionales.

⁶ *El Iris*, t. III, núm. 13, 1867, pág. 193. La reseña de Isaacs apareció en el núm. 14 (14 de abril de 1867), págs. 214-216. Este mismo número de homenaje a Díaz Castro contiene un elogio por Pontón, una biografía por José María Vergara y Vergara, un comentario sobre *Manuela* por Manuel de J. Barrera, y un soneto por Miguel Antonio Caro (pág. 214). Como este poema de Caro es generalmente desconocido, lo reproducimos aquí:

EN LA PRIMERA PAGINA DE *LA MANUELA*

Si a mi gusto cligiese albergue y nido,
Pajizo le buscara en verde prado,
Por árboles ancianos sombreado
Y de escarpadas peñas defendido.

Donde al saltar del lecho, el blando ruido
Oyera del arroyo despeñado,
Y las auras trajesen del collado
Frescos olores con fugaz gemido.

Entre sencillas gentes, en labores
Y costumbres rurales, buscaría
Remedio de pasados sinsabores.

¡O ameno narrador!, muriendo el día,
Tus historias de rústicos amores
En la choza me hicieran compañía.

Otro punto puesto de relieve por Isaacs es la protesta social que encierran las páginas de *Manuela*: considera que el arte debe comprometerse ante las injusticias sociales (él mismo se compromete en algunos capítulos de *María*, sobre todo en lo que concierne a la enormidad de la esclavitud⁷).

Una parte considerable de la reseña está dedicada a una digresión en contra de los aficionados a las cosas francesas. Esta censura no deja de resultar un poco irónica, puesto que cuando Isaacs escribía esto, tenía en prensa una novela (*María*) que dependía mucho de las producciones narrativas de Bernardin de Saint-Pierre, Lamartine y Chateaubriand⁸.

Isaacs termina su reseña de un modo positivo, reiterando el valor de *Manuela* y afirmando que Colombia ya tenía una literatura propia. Al decir esto último, Isaacs pensaba posiblemente en su *María*, ya próxima a aparecer, y que marcaría la entrada de la novela colombiana en el panteón de la literatura universal⁹.

DONALD MCGRADY.

University of Virginia.

[ELOGIO DE LA LENGUA CASTELLANA]

Señores: — Dos grandes bienes nos dejó en herencia la conquistadora del Nuevo Mundo: la religión divina de Jesús y el habla de Castilla. Juntas atravesaron el inmenso océano, y pasando del antiguo hemisferio a las regiones solitarias de la América, plantaron en éstas el estandarte de la civilización. Juntas, cual dos hermanas, recorrieron en pocos años el continente meridional, y se estendieron desde la Patagonia hasta

⁷ Sobre esta faceta de *María*, descuidada por la crítica, véase el cap. 3, sección VII de nuestro libro *Jorge Isaacs*.

⁸ Véase nuestro *Jorge Isaacs*, cap. 3, secciones IV y XIII.

⁹ En nuestra reproducción de los textos, sólo hemos introducido algunos cambios no fonológicos en la ortografía (*muy* por *muí*, y por *í*, *dirigir* por *dirijir*, etc.), y hemos insertado tal cual coma. En lo demás, respetamos fielmente los originales.

los límites setentrionales del grande Imperio Mejicano, para obtener más tarde triunfos brillantes y duraderos, si bien manchados con abusos y crímenes de triste recordación.

Pero dejemos a un lado la historia de esta conquista sin plan ni concierto, que por la ambición, ignorancia y fanatismo de los que la llevaron a cabo, se convirtió en conquista de desolación y esterminio, cuando debiera serlo de paz y humanidad; conquista que, por la naturaleza de sus medios y por la inmoralidad de sus fines, no nos trajo sino mediata e indirectamente los frutos de la civilización europea de que hoy gozamos; y pasemos a hablar del objeto que nos proponemos.

He dicho, señores, que la lengua castellana es uno de los grandes bienes que heredamos de nuestros mayores: así es con efecto. Si el uso de la palabra para espresar los pensamientos y los afectos del ánimo es el más precioso don que el hombre ha recibido del Criador; si la primera necesidad, el primer elemento de vida de un pueblo, por más grosero y bárbaro que se le suponga, es naturalmente un dialecto cualquiera, no hay duda que el hombre feliz, la sociedad más sabia, el pueblo más avanzado en la carrera de la civilización, serán aquellos que posean un idioma más rico, más armonioso y más flexible. Si es tan grato a los seres racionales, que viven en sociedad con sus semejantes, comunicar con éstos sus pensamientos, sus afectos, sus pasiones, ¿cuánto más no lo será si para ello pueden valerse de un lenguaje dulce, sonoro y apacible, o también vigoroso, fuerte y espresivo!...¹⁰. ¿Y cuál entre las lenguas modernas posee estas dotes en tan alto grado como la lengua española, o castellana? ¿A qué no se presta esta lengua divina, digna descendiente por línea recta de la griega y la latina, y heredera de todas sus gracias y hermosura? Robusta y grande en la tribuna; llena de nobleza y majestad en la cátedra sagrada, como la voz del mismo Dios; precisa y vibrante, como el rayo en el campo de batalla; suave y meliflua en la conversación familiar; dulce y tierna en los

¹⁰ También en *Maria* utiliza ISAACS el procedimiento de empezar una misma frase con un signo de interrogación y acabarla con un punto de exclamación.

coloquios amorosos; reposada y grave en los negocios; no hay sentimiento que no mueva, ni pasión que no traduzca, ni rincón del alma donde no penetre. Poderosa como la vara de un mago, no hay resorte oculto del corazón humano que no sepa tocar y dirigir. Si a su natural belleza y armonía agregamos la circunstancia de nuestro peculiar acento americano, tan sencillo e ingenuo, injerto feliz del acento de los dialectos indígenas y de la articulación europea, no podrá negarse que el idioma de nuestros padres tiene encantos irresistibles; encantos que aumentan su magia y poesía al considerar que él ha sido el divino intérprete de tantos genios sublimes; que ha sido la lengua de Cervantes, de Lope, de Arriaza, de Argensola, de Meléndez, de Larra, Saavedra, Martínez de la Rosa; y en nuestro tiempo y en nuestro país, de Soto, Azuero, Caldas, Nariño, Bello y Olmedo, honor y gloria del suelo americano.

La lengua castellana, como las demás lenguas vivas o modernas, ha sufrido notables alteraciones en sus formas con el transcurso de varios siglos; pero estas variaciones, lejos de hacerla perder, la han enriquecido con nuevas y elegantes conquistas, que el progreso de las ciencias y el ensanche y multiplicación de las ideas han hecho necesarias.

El castellano de hoy no es ciertamente el que los Godos introdujeron en España cuando, desalojando a sus primeros dominadores, se establecieron en aquella península, y el cual tomó el nombre de *romance* por ser una adulteración de la lengua romana que allí se hablaba. Tampoco es el idioma ya muy degenerado que se introdujo después de la irrupción de los Arabes en la misma península, y que durante ocho siglos sufrió pocas alteraciones substanciales. No es tampoco, aunque algo más se asemeja ya, el castellano en que el sabio Rey D. Alonso escribió sus famosas Partidas, época en que se dio el golpe de gracia al decrépito latín, substituyéndose a él el armonioso y elegante lenguaje en que están escritas las antiguas crónicas de los reyes católicos. Pero estas diferencias, si bien se observa, son favorables a la lengua castellana del siglo XIX, tal como se habla y escribe hoy por la gente culta, y por los literatos de más nota, tanto españoles como americanos.

A la par con la mejora y perfeccionamiento de la lengua ha marchado el arte de estudiarla y conocerla: el examen filosófico que de ella hacen diariamente los filólogos, conduce a la claridad, simplificación y brevedad de las reglas gramaticales. Siendo hoy sus elementos los mismos que en el siglo x en que tomó la lengua su verdadero carácter, no lo es, sin embargo, el arte que nos subministra las reglas del buen hablar. Si comparásemos las Gramáticas que desde el siglo xv para acá se han escrito, con más o menos conatos a fundar nuevos sistemas y métodos, hallaremos que se ha verificado una casi total revolución en el arte, y que si se exceptúan las bases fundamentales, o sean los principios generales de Gramática comunes a todas las lenguas, no ha habido reglas que no se modifiquen y varíen, ya en las clasificaciones lexicográficas, ya en los giros y construcciones sintáxicas, ya finalmente en el modo material de escribir las palabras, o sea la ortografía. Antonio de Lebrija, Bartolomé Jiménez Patón, Gonzalo Correas, Francisco Támara, Villalón, Salazar, Gayoso, San Pedro, Valdez y Calleja, de los cuales tienen conocimiento personas inteligentes y eruditas en la materia; y últimamente, en los tiempos modernos la Academia Española, Novoa, Araujo, Urcullu, Salvá, Martínez López, y otros varios conocidos entre nosotros, han escrito Gramáticas, y hecho en ellas variaciones más o menos substanciales de las reglas. La América del Sur no se ha quedado atrás en esta marcha de progreso y mejora: ella, que avanza por la ancha vía que le abrió la conquista de su libertad, conoce tan bien como su antigua madre patria, que el hermoso idioma de sus mayores está llamado a hacerse universal por medio del estenso comercio de nuestros países y de sus relaciones con todos los pueblos del globo; sin contar con que los atractivos de su dulzura, sonoridad y armonía, que la hacen de fácil adquisición a los extranjeros, lograrán colocarla en el mundo comercial y diplomático, así como la han colocado ya en el literario y científico, al nivel de las lenguas inglesas, francesa y alemana. No han faltado en la Nueva Granada, Venezuela y Chile, hombres estudiosos e ilustrados que hayan querido contribuir con su contingente de observaciones y luces a la

grande obra de la perfección de la lengua castellana; y si bien han aparecido nuevos sistemas, acaso alarmantes por haberse presentado con un carácter exagerado, y tendiendo a una brusca y no bien preparada reforma, el buen sentido de los pueblos, apreciando en su justo valor la recta intención y los profundos conocimientos de sus autores, ha opuesto una resistencia suave, comedida, y fundada en la razón, a ese espíritu ardiente de reformas inconsideradas.

No siendo mi objeto principal en este breve discurso hacer el elogio de mi lengua nativa, porque en tan inútil empeño sólo conseguiría repetir lo que tantas veces se ha dicho y se dice diariamente, he creído oportuno hablar de las reglas gramaticales, como que ellas forman el programa del examen de hoy, y han sido el objeto de una parte de nuestros estudios escolares en el presente año. Para concluir, pues, diré que el estudio de la Gramática es considerado con razón como el primero y más esencial, si es que ha de estimarse el perfecto conocimiento de nuestra lengua como condición indispensable, como abono del terreno en que han de cultivarse las bellas letras. La Gramática es la llave que nos introduce en el santuario de la literatura; es el guía que nos enseña sus bellezas, nos muestra sus primores, y nos hace partícipes de sus ricos tesoros. Sin este conocimiento previo andaríamos ciegos y perdidos en ese campo inmenso, sin poder gozar de sus dulzuras y amena variedad. La Gramática que enseña la recta locución, o la manera de espresarse con propiedad y finura, es la medida para apreciar el grado de cultura de un individuo, pues un lenguaje correcto y puro es lo que principalmente distingue al hombre civilizado del rústico y grosero.

El uso no basta para aprender a hablar, como por un grave error lo piensan muchas personas: el roce y continua comunicación con las gentes instruidas y de buena educación sirve apenas para dar cierto barniz superficial en el estilo y fraseología; pero si no se conoce a fondo el arte que da las reglas, jamás se conseguirá hablar con perfección, y frecuentemente se presentarán ocasiones en que el orador empírico, como el charlatán de corrillo, ponga de manifiesto y en ver-

gonzosa desnudez a los ojos de los inteligentes toda su ignorancia y miseria. ¿Qué puede saber un hombre que no conoce por principios la lengua que habla? ¿En qué se distinguirá del salvaje que habita en los desiertos, o del papagayo que acaricia entre sus manos, los cuales articulan palabras por hábito, o por instinto, sin saber lo que hacen? Una persona que frecuenta la buena sociedad, y que no ha estudiado la Gramática de su lengua, es un contrasentido, una anomalía monstruosa, un flagrante anacronismo. “Los antiguos”, dice la Academia española, “conocían la utilidad y necesidad del uso; pero conocían también que convenía perfeccionarle con el arte. Lo mismo debemos pensar de nuestra lengua, en la cual hallamos que observar cada día cosas nuevas por medio de la Gramática. Si algunas veces vemos comprobada con principios y fundamentos la práctica que teníamos por mera costumbre, otras vemos corregidos muchos defectos que no conocíamos. Ella nos hace ver el maravilloso artificio de la lengua, enseñándonos de qué partes consta, sus nombres, definiciones y oficios, y cómo se pintan y enlazan para formar el tejido de la oración. Sobre ninguna de estas cosas se hace reflexión antes de entender el arte; y así es difícil que sin él hablemos con propiedad, exactitud y pureza”.

Si la Gramática es necesaria en todos tiempos y en todos los países que blasonan de civilizados, lo es con doble razón entre nosotros, en que por desgracia los estudios literarios se han visto siempre en lamentable abandono, y en que una gran parte del pueblo, embrutecido por el Gobierno colonial, yace en la ignorancia y estolidez. Aun en las clases que se dedican al cultivo de las letras se nota generalmente una triste indiferencia por este estudio fundamental; de donde resulta, para oprobio nuestro, que la prensa que debiera ser el ejemplo de toda pureza y de toda rectitud, tanto en moral como en política y en literatura, vomita diariamente producciones incorrectas y disparatadas que sacan los colores a la cara de los inteligentes y de los verdaderos amantes de su país. De aquí esos periódicos desaliñados o ininteligibles que suelen aparecer: de aquí esas pésimas traducciones, hijas de una necia jactancia y de una ceguera indisculpable.

Convencidos de estas verdades, hemos dedicado una parte de nuestras tareas literarias a la adquisición de los primeros rudimentos de la Gramática, que han de servirnos más adelante para hacer un estudio profundo y dilatado de la lengua.

No podemos lisonjearnos de haber hecho grandes progresos en esta materia difícil y estensa, ya por su misma naturaleza, que requiere muchos años de estudio serio y observación constante, ya porque las demás tareas escolares que han llamado nuestra atención en el curso del año, nos han obligado a dividir entre ellas el tiempo útil de que podemos disponer. Sin embargo, hemos hecho lo posible para merecer la aprobación de nuestros preceptores, de nuestros deudos y amigos, y en general de todas aquellas personas que miran en la educación pública, la base fundamental de todo progreso para la sociedad, y de toda felicidad para la patria. He dicho¹¹.

MANUELA.

NOVELA POR DON EUGENIO DIAZ CASTRO

Estamos muy lejos de creernos competentes para estimar en todo lo que valen las bellezas de esta obra, y es posible que lo dejemos comprobado, si las impresiones que su lectura nos ha dejado no alcanzan a suplir en este escrito las cualidades que requiere un juicio literario.

Acabamos de leer la última página de la *Manuela*, y abierto sobre la mesa en que escribimos está el libro. Difícil sería convencernos en este momento de que no hemos pernoctado en la choza de Malabrigue, de que no hemos conocido a la simpática y desgraciada Rosa, a la pobre Pía, al cura y a don Demóstenes, de que no hemos cazado con Dimas, ni acompañado en el viaje a Dámaso y a su amada: hemos visto las sonrisas, oído la voz, admirado el talle de la dulce,

¹¹ Sobre la tradición laudatoria del idioma, véase GERMÁN BLEIBERG, *Antología de elogios de la lengua española*, Madrid, 1951.

casta y seductiva Manuela. Podríamos recorrer sin guía los bosques que el autor nos ha descrito, reconocer las aves por sus cantos, entrar a todas aquellas viviendas como un viejo amigo. ¿Quién, después de leer la novela, no se complacerá en visitar mentalmente muchas veces la casa de doña Patrocinio? Estamos en el umbral de su puerta: don Demóstenes lee acostado en la hamaca y Ayacucho duerme a sus pies: Manuela canta y ríe en el interior: el cura reza en su breviario pascándose en el corredor de su casa: don Tadeo está en el balcón del cabildo, y sentimos contra él indignación y odio.

Pocos de nuestros lectores no habrán pasado alguna apacible temporada con campesinas y buenas gentes, habitado bajo el mismo techo que ellas, sabido sus pesares y alegrías, oídoles sus sencillas consejas, remediado quizá sus miserias. Cuando amanece para el que ahí llegó como extraño el día de las despedidas, puede alimentar él la esperanza de volver a visitar tarde o temprano aquel asilo de paz; al acabar de leer la *Manuela* queda en el alma una tristeza irremediable.

¿Nos ha hecho el autor amar o aborrecer personajes inverosímiles? El nos responde con el texto que lleva la novela: — “Los cuadros de costumbres no se inventan, se copian”. Hay mujeres del pueblo tan bellas, honestas y perseguidas como Manuela, dignas de compasión hasta en su envejecimiento como Cecilia y Pía, virtuosos sacerdotes como el cura Jiménez, filántropos como don Demóstenes, criminales depravados e impunes como don Tadeo y Juan Acero. Esa lucha tenaz del crimen contra la virtud, de la miseria contra el poder que da la riqueza, de los civilizadores políticos contra la ignorancia y desaliento de la clase proletaria, de los utopistas contra el catolicismo, dura y durará: saberlo desanima; convencerse de ello contrista; hacer menos cruel y pernicioso esa lid, es trabajar realmente por la humanidad, es merecer la gloria.

El autor de la *Manuela* es el primero de nuestros escritores que después de haber vivido en intimidad con la clase pobre y desvalida y conocer sus dolores, no de oídas y para decantarlos en pomposas declamaciones, sino para buscarles

remedio, los ha estudiado y descrito. El, tomando de la mano un pueblo ignorante y pobre, por desidia, impotencia o locura de los que le han gobernado, descontento por los sacrificios que ha hecho en vano, debilitado por la sangre que se le ha exigido, nos lo ha mostrado tal cual es. Bastante ha hecho; a otros corresponde remediar pronto los males que tan maestramente señala el señor Díaz, y combatir las causas que para la existencia de éstos sobran.

Cuando una nación logra conquistar en el orbe civilizado el lugar que hoy ocupa la Francia, es natural y lógico que la política y literatura de ese país afecten hondamente la literatura y política de todos aquellos pueblos que la admiran. Pero esa admiración tiene un límite más allá del cual está la parodia, pero no la que hace reír de lo que se imita, es la que pone en triste ridículo al parodiador.

Apenas ayer empezó la España a despertar del sueño a que un afrancesamiento lamentable la ha tenido reducida, a pesar de tan ilustres escritores como Donoso Cortés, Modesto de Lafuente, los Larra, García Gutiérrez, Harzembuch [*sic*], la Avellaneda, Zorrilla, Fernán Caballero, Trueba y otros.

Apenas hoy da la literatura granadina sus primeros pasos, asida aun de su cuna; y sin que el elocuente ejemplo de lo sucedido en la *madre patria*, que tanto odiamos, baste a evitarlo, nuestra literatura enclenque y en andadores tiene más de francesa que de otra cosa.

Poca observación es necesaria a quien visita nuestra capital para saber que existe en la sociedad llamada de buen tono un círculo formado de familias que viven como extranjeras en su propio país, y al cual no faltan desmañados imitadores en algunas provincias. Adoptadas en él las costumbres francesas, por espíritu de imitación quizá, por exceso de refinamiento tal vez, es allí despreciado y escarnecido todo aquello que entre nosotros ha merecido el nombre de colonial. Es casi imposible amar esas costumbres y practicarlas con placer, sin aficionarse más tarde o temprano a cierta clase de literatura que de ellas se alimenta por lo general: hablamos de la novela francesa.

Habiendo, pues, tan poderosos motivos, fuera de otros que sería enojoso mencionar, para que sean bastante leídas entre nosotros las producciones de la falanje de novelistas de que con sobrada razón se envanece la Francia, no será extraño que la *Manuela* parezca a algunos de los que en nuestro país leen, lo que a un viejo gastrónomo inglés nuestro puchero nacional. Debe tenerse en cuenta que el señor Díaz aspiró solamente a ser leído por sus compatriotas (adviértase que no decimos ni hispano-americanos). Pero permitánnos los admiradores de los autores que vamos a citar en seguida, decir: Si un Dumas, un Hugo, un Ponson du Terrail, un Sandeau, o un Gautier visitara este país, estudiase nuestras costumbres y escribiese novelas para pintarlas, él explotaría el género de la *Manuela*, pues que para describir refinamientos y caracteres franceses no había de venir a buscarlos entre nosotros; y se consideraría muy feliz si lograba formar cuadros como los de “Espedición a la montaña”, “El lavadero”, “Los carteros”, “Resultados del San Juan” y “El asilo en la montaña”.

Todos hemos sonreído placenteros al oír las primeras palabras que tartamudea un niño amado. Todos los que desean a nuestra literatura nacional gloriosos días, habrán sonreído de placer también al leer páginas inmortales de la *Manuela*, y entusiasmados podrán exclamar al cerrar el libro: “La patria de un escritor como Eugenio Díaz, tiene literatura propia”.

Bogotá, 13 de abril de 1867.